

riesgos, unen todavía más si cabe a la singular pareja. Por encima del complicado material científico que llena el laboratorio revolotea el amor que con el batir de sus alas disipa el calor de los hornos y el polvillo de los minerales, refrescando el ambiente. Cuando les invade el desaliento, es el amor quien les devuelve la fe en ellos mismos. El día en que por vez primera sus ojos asombrados contemplan aislado el «radium», María comprendió plenamente que su prodigioso descubrimiento era, tanto como un milagro científico, un milagro de amor, comenzado el día que el azar les puso frente a frente. Lo mismo que la sonrisa de su hijita dormida, el «radium» debía su aparición ante el mundo a la inmensa ternura de sus dos corazones, fundidos por los más nobles sentimientos humanos. ¿Qué importaba la pobreza en qué vivían? ¿Qué importaban las decepciones sufridas, los zarpazos de la envidia que, seguramente, escoltarían al éxito? Por encima de todo estaba su amor, que seguiría siendo maravillosamente bello, aunque la hora radiante del triunfo no hubiera sonado con su cortejo de premios, honores, invitaciones, etcétera, que desde entonces alteraron su vida sencilla, su intimidad ascética, forzándoles a obligaciones sociales, casi siempre ajenas a su gusto y a su temperamento.

Aquel amor maravilloso, que ahora gozaba del triunfo, fué bruscamente interrumpido por la tragedia. El día 19 de abril de 1906, Pedro Curie, al salir de un almuerzo en que se han reunido los profesores de la Facultad de Ciencias, fué atropellado y muerto por un pesado vehículo tirado por dos potentes percherones.

El dolor de María fué tremendo. Algunos detalles macabros hicieron temer por su razón. ¡Era tan espantosa la inesperada ausencia! ¡Era tan indignante la curiosidad que

entre las gentes frívolas despertaba la presencia de «la célebre viuda»! ¡Era tan difícil reanudar a solas un trabajo que se compartió durante los días y las noches de once años que ahora parecían haber durado un siglo o un minuto!...

Cuando a los siete meses de la tragedia, María Curie se presentó en la cátedra de la Sorbona para sustituir a su marido, inició su lección con una prueba de amor a aquél que escalofraba. Como el legendario «Decíamos ayer» de Fray Luis de León, la que fué «perfecta casada», empezó repitiendo la frase final de la última lección explicada por Curie, como si fuera él quien hablase, como si la continuidad del pensamiento común de entrambos a lo largo de tantos años felices se manifestase ahora en la forma de proclamación de las monarquías tradicionales: Pedro Curie ha muerto. ¡Viva Pedro Curie!

Y así será hasta el final de su gloriosa existencia. Sola y con denuedo admirable emprende una nueva etapa de arduos trabajos, entre otros, la publicación de las obras de su marido y de su propio «Tratado de radioactividad», al frente del cual pone el retrato de Pedro. Sus estudios y descubrimientos continúan asombrando al mundo. La Academia de Suecia, que ya había concedido un Premio Nóbel al matrimonio, le otorga a ella en 1911 el de Química. María lo acepta «por la obra común» y en homenaje a la memoria de su compañero.

Después de soportar una campaña de difamación de los franceses, María Curie resistió a la tentación de abandonar Francia, porque el proyecto soñado por Pedro de crear unos Laboratorios Curie en París está en marcha y si se ausentaba se hubiese derrumbado. La fidelidad le hizo quedarse a inaugurarle y luego a prestar nuevos servicios a la patria de su esposo durante la primera